

# Lo galaico en Valle-Inclán

POR

MARIA MARTINEZ DEL PORTAL

*Licenciada en Filosofía y Letras*

Para la Galicia de Valle-Inclán pensemos en un marco arcaico e idílico. A veces, ficticio por exceso de barniz embellecedor. Sus componentes paisajísticos, colores y formas, vendrán a ser los del suelo galaico real, pero cuidadosamente escogidos y más bellamente aún distribuidos.

Sobre este marco, unas figuras quietas. De gesto teatral, casi desmesurado. Sus equivalentes los podíamos encontrar en los personajes rígidos de un viejo retablo. Los pictóricos, en las delicadas miniaturas de un códice y en los rostros pálidos de algún lienzo velazqueño. Los literarios, en las criaturas ficticias de una dulce y ensoñada égloga. Pensemos, respectivamente en *Electus*, *Malvina*, *Concha*, *Adega*. Ahora bien, en éstas o en otras figuras valleinclanescas, por encima del establecido paralelo artístico, brillarán unos rasgos que las unan a lo típicamente gallego.

En realidad, Galicia, y a través del creador de las *Sonatas*, nos llega desdoblada en varios escenarios. Pudiendo interpretarse tal desdoblamiento como los resultados de las diversas perspectivas desde las que se puede enfocar el vivir de un mismo pueblo. Así, por un lado, milenario e italianizante palacio de Brandeso. Por otro, un conglomerado que puede definirse como «lo que cae más allá de las rejas de Brandeso»: hórreos, pórticos de ermitas, establos, cruces de caminos, rías, maizales y vides. Es decir, más pueblo, más realidad. Aunque entre esta realidad se meta con frecuencia el factor mágico del ensueño. Pero vayamos por partes.

En primer lugar el señorial Brandeso. En él se unen caracteres tenidos como típicamente modernistas con aquellos otros que denotan la presencia de la tierra gallega. Recordemos, en su jardín: laureles, mirtos,

cipreses, versallescas canastillas, laberintos, escalinatas derruídas, sensaciones de lejanía y de misterio. Elementos todos entre los que econtró sus más repetidos sonos la lira modernista. Bastaría recoger algún fragmento descriptivo de «El Marqués de Bradomín» o de «Sonata de Otoño». Asimismo el muy análogo marco de «Eulalia», cuento de «Corte de amor». En las tres obras mencionadas podíamos resumir así: modernismo, escenarios de sabor greco-latino a través del XVIII francés. «Azul...», «Prosas Profanas».

Pero no nos engañemos. No todo es modernismo. En primer lugar, el jardín señorial de Brandeso o el pulido molino aldeano de «Corte de amor» no están enclavados en esos países remotos que ensoñó Rubén. Están en Galicia. Y Galicia, tierra nativa de Valle-Inclán, se introduce en ellos para diezmar todas las posibilidades de una clara y total filiación de tipo modernista. Pensemos, al tratar de reseñar los elementos no modernistas: en un árbol tan de Galicia como el castaño; en los sonos de madreñas y flautas; en las retahilas de mendigos con voces «a la gallega», como señala Zamora Vicente. O en algo tan leve y significativo como el zumbido de un tábano rojo —plasmación de signo de buen agüero en la supersticiosa región gallega—.

Por otra parte, en las obras que venimos comentando y sobre todo en «Sonata de Otoño», se dan sensaciones y visiones peculiarmente gallegas. Pensemos en lluvia, humedad, campo verde, caminos de herradura, zagales con rebaños, hierbas que curan la saudade, retablos de ánimas: rebrotes de la tierra nativa que tejen el telón de fondo del refinado palacio de Brandeso.

Los personajes de este palacio están en perfecto acuerdo con los caracteres paisajísticos sobre los que posan. Son figuras requeridas por la trama y el ambiente. La pálida y romántica Concha será gallega en la medida que un escalofrío supersticioso determine el por qué de muchas de sus reacciones. El Marqués, pese a haber sacrificado su raíz nativa por una ironía y un escepticismo aprendidos en otras tierras, conserva ese algo gallego que al tomar un manojito de hierbas curativas le hace pensar:

«Yo sentí, como un vuelo sombrío, pasar sobre mi alma la superstición, y tomé en silencio aquel manojito de hierbas mojadas por la lluvia. Las yerbas olorosas llenas de santidad, las que curan la saudade de las almas y los males de los rebaños, las que aumentan las virtudes familiares y las cosechas...». (1).

Pero hay otros personajes más auténticamente gallegos en esta Sonata. Entre éstos: don Juan Manuel Montenegro, el abad de Brandeso,

(1) «Sonata de Otoño». Obras completas. Tomo II, pág. 124. Ed. Plenitud.

la hueste de mendigos y lisiados. El primero es el típico gran señor gallego, arruinado mayorazgo, amigo del vino, de las mujeres y de las rewertas (2); Don Benicio, abad de Brandeso, es el prototipo del clérigo gallego de fines del XIX; en la misma línea, con muy ligeras variaciones: fray Ambrosio, abad de Lantañón, arcipreste de Céltigos y otros tantos clérigos valleinclanescos: cazadores, fuertes, amantes de la buena mesa, respetuosos e indulgentes con las faltas de sus señores y con las suyas propias (3). Los mendigos —Electus, Manco de Góndar, Tullido de Céltigos, Adegla la Inocente, Paula la Reina y otros tantos— son, como queda apuntado, muestras evidentes de lo galaico en la obra de Valle-Inclán.

Pero todos estos personajes tienen obras propias. Obras en donde sus figuras se proyectan en un primer plano. Así, don Juan Manuel cuenta en las tres «Comedias Bárbaras» y en «Los Cruzados de la Causa». Y los mendigos en «Romance de Lobos», la última de «Comedias Bárbaras», «Flor de santidad», «Divinas palabras» y «El embrujado». Pero con el estudio de estas obras nos internamos en otros escenarios del vivir gallego, en aquellos que definíamos como «lo que cae más allá de las rejas de Brandeso».

«Divinas palabras» y «Comedias Bárbaras» traen la Galicia más ruda y más real de Valle. En ellas, el hombre ya no adopta las poses refinadas que tuvo sobre el pulido Brandeso. A sus pasiones y miserias les falta de barniz de ironía y elegancia de las de un Bradomín. En «Comedias Bárbaras» no cuenta para nada ese posible factor modernista de «Sonata de Otoño»: los hechos insolentes y las risotadas feudales de don Juan Manuel y sus hijos caen más cerca del desgarro procaz de «La Celestina» y de la macabridad burlona de un Quevedo, Baroja o Solana. En «Divinas palabras», esos mendigos que en la mencionada Sonata salmodiaban plantos y dolores pueden ahora más crudamente lucir sus cualidades. Sean de uno u otro signo.

En virtud de este nuevo sesgo que marca el aparecer del hombre su armonía con el paisaje se rompe. La tierra gallega sigue conservando esos rasgos embellecidos que se podían descubrir desde los nobles ventanales del palacio de Brandeso. Pero el hombre ya no armoniza con ella, sino contrasta. Así, tanto en «Comedias Bárbaras» como en «Divinas pala-

(2) Para la autenticidad de la figura de don Juan Manuel téngase en cuenta el artículo de Angel Lázaro, «Actualidad de Valle-Inclán», publicado en el núm. 233 de «La Estafeta Literaria». Recuérdese, asimismo, la figura de don Enrique de «Viento del Norte», de Elena Quiroga.

(3) Recuérdese la similitud que con ellos guarda el abad de «Los Pazos de Ulloa». Pardo Bazán lo retrata como «sacerdote brusco, gran cazador, incapaz de morir de miedo ante los ladrones» y «de desmedida afición al jarro y a la escopeta». *Obras Completas*. Aguilar. Tomo I, pág. 176.

bras», sobre una sensación de silencio bienhechor, hecha de humedad de campo verde y rumor de maizales, vamos viendo unos personajes que asoman y se mueven con toscos guiños de muñecos de cartón. Estamos ya cerca de los peles de «Martes de Carnaval». Los preludian sobre suelo gallego: Fuso Negro, doña Jeromita, sacristán Blas Míguez, abad de Lantañón, en «Comedias Bárbaras»; Pedro Gailo, Simoniña y mujeres que hacen el planto a Juana la Reina, en «Divinas palabras». Todas estas figuras —por sus cacareos de espantos, brazos aspados, tuertos visajes, palidez cirial, vestimenta de espantapájaros— vienen a ser los hermanos mayores de don Friolera. Figura análoga, por más de un concepto y en contra del opinar de Torrente Ballester, a la del sacristán de San Clemente (4).

Con caracteres propios nos viene la Galicia de «Flor de santidad». Su visión es análoga a la de «Aromas de leyenda». Tal vez a la de algunos cuentos de «Jardín Umbrío». De nuevo, paisajes y figuras hermanados sobre Galicia y bajo un signo de matiz idílico. Los colores son, ahora, más tenues y el lenguaje más dulce y cadencioso. Olores y sonos riman con perfumes y músicas. El olor del establo fresco, de la manzana, del rocío. Los sonos de las esquilas, los tañidos de las campanas, los gorjeos de los ruiseñores. Notas de la realidad gallega ya conocidas, pero que en estas obras se nos dan más idealizadas. Realidad gallega en la que el escritor se posa ahora delicadamente. Casi aladamente.

La figura central de este mundo es Adegá, la inocente zagala del mal cautivo. Su figura, recortada más de una vez entre el bucólico balido de las ovejas, está hecha de credulidad, candor y engaño. Su mente perturbada la acerca a una nueva Sibila Casandra:

—«¡Todos lo veréis, el lindo infante que me ha de nacer! Conoceréisle porque tendrá un sol en la frente. ¡Nacido será de una pobre pastora y de Dios Nuestro Señor!» (5).

Pero la nota que quizá defina con más exactitud el ambiente de «Flor de santidad» sea una sensación de misterio y hechizo. Esa sensación tan galaica que tanto cuenta en la obra de Valle-Inclán.

Cabría, por último, examinar las obras no enclavadas en el marco gallego. Entre ellas será rara encontrar una en la que Galicia no se infiltre. Por lo general, un nombre, unas palabras, unas figuras vienen a actuar de pinceladas evocadoras.

Este papel lo desempeñan: Sabel y Pedro Pondal en «El yermo de

(4) Véase el estudio de Torrente, «Introducción a Divinas palabras», en el núm. 28 de «Primer acto».

(5) «Flor de santidad», Obras Completas. Ed. citada. Tomo I, pág. 1.207.

las almas»; Juanito Ventolera y Pedro Maside en «Las galas del difunto»; Cara de Plata, Isabel Montenegro, el sacristán Roquito en «El resplandor de la hoguera». Asimismo, y aparte de Bradomín, nos encontramos personajes gallegos en las otras tres Sonatas. En la de Estío, sobre la lejana tierra de México, la madre abadesa de las Comendadoras Santiaguistas nos dice:

—«Yo también soy española, nacida en Viana del Prior. Cuando niña he conocido a un caballero muy anciano que llevaba el título de Marqués de Bradomín (...). Yo pertenezco a los Andrades de Cela...» (6).

En la de Invierno. En esta Sonata don Juan Manuel Montenegro se deja ver entre el séquito de don Carlos. Y una criada, la de fray Ambrosio, resulta ser hermana de Micaela la Galana. De aquella Micaela con cuyo recuerdo se inician los poéticos cuentos de «Jardín Umbrío».

Sonata italiana. Zamora Vicente señala cómo Santiago de Compostela, «ciudad monacal y devota», pudo influir en la concepción paisajística de Liguria (7). Por otro lado, creo que debía tenerse en cuenta algunos nombres: el de una vieja criada —Malvina— y el del padre de la princesa Gaetani—marqués de Agar—. Asimismo, cabría recordar el grupo de mendigos que, en cierta ocasión, rodean a María Rosario. No es ya sólo su analogía con aquel otro que en tierras gallegas aparece en «El Marqués de Bradomín, sino también sus nombres: Paula y Barberina la Prisca, ¿acaso no hemos oído uno igual y otro muy similar en torno a Brandeso?

Galicia, pues, queda fuertemente unida a la obra de Valle-Inclán. Unas veces, en primer plano, llenándolo todo. Otras veces, más honda, más lejana, escondida entre las geografías más diversas.

---

(6) «Sonata de Estío», Obras Completas. Ed. citada. Tomo II, pág. 82.

(7) Véase su obra, «Las Sonatas de Valle-Inclán». Gredos. Págs. 114 a 116.